

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1952 - Núms. 54-55-56



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1952



Tomo XVII
N.^{ros} 54-55-56

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1952

Julio - Agosto, Septiembre - Octubre, Noviembre - Diciembre

Números
54, 55 y 56

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excelentísima Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Antonio Sancho Corbacho.— <i>Haciendas y cortijos sevillanos</i>	9
Aurelio Alvarez Jusué.— <i>Guerra de justicias</i>	29
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla (IV)</i>	95

MISCELANEA

Francisco Alvarez.— <i>Cristóbal Colón y el estudio de la Sagrada Escritura</i>	129
Hipólito Sancho de Sopranis.— <i>El retablo de la Capilla Mayor de San Marcos, de Jerez</i>	139
José Guerrero Lovillo.— <i>La restauración del Patio de los Naranjos</i> ...	155

LIBROS: Varios	159
----------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz — <i>Música</i>	167
--	-----

CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Julio-Agosto, 1946</i>	173
--	-----

MISCELANEA

ALTERNATIVE

MISCELLANEA



CRISTOBAL COLON Y EL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

Amablemente invitado por el señor director de la *Revue Coloniale Belge*, señor Vanden Linden, que, en su reciente visita a Sevilla, supo apreciar con presteza y precisión el tesoro bibliográfico que guarda la Biblioteca Colombina, he contribuido, con un breve trabajo, a conmemorar en Bélgica el 460 aniversario del desembarco de Cristóbal Colón en la isla de San Salvador.

El mundo, aun en los pueblos más alejados de la gran epopeya del descubrimiento de América, no puede olvidar la fecha del 12 de octubre de 1492, en que comenzó a dar resultados tangibles una de las proezas más atrevidas realizadas en los siglos por los hombres; era el remate insospechado de la temeraria gesta, iniciada el 3 de agosto de ese año venturoso, cuando cruzada la barra de Saltes, quedaba en lontananza el monasterio de La Rábida y la protección y favor del cielo acompañaban a los intrépidos navegantes, que iban en pos de un ensueño aventurero, cuya realidad había de transformar el mar *tenebroso* en una ruta de civilización, y al nuevo continente descubierto, sumido hasta entonces en el paganismo y la barbarie, en campo fecundo para la Iglesia y la Cultura.

Pues bien, si los pueblos cultos se disponen a porfía para evocar sucesos de tanta trascendencia en la historia de la Humanidad, y las Academias, Ateneos y Revistas de todos los países se aprestan a rendir fervoroso homenaje al descubrimiento de América, justo es recordar, en una revista publicada en Sevilla, uno de los impulsos más poderosos, que movieron la acción del primer Almirante de Indias a través de las olas de un mar desconocido, para hallar un derrotero, que se imaginaba más breve, para arribar a las playas lejanas del Oriente.

Porque si la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo realizado por Cristóbal Colón es exclusiva de España, por cuanto aunque no le viera nacer en su suelo, le labró cuna de inmortalidad, al proporcionarle los medios necesarios a fin de llevar a cabo su proyecto de navegación

transoceánica, Sevilla, tal vez la ciudad predilecta del misterioso aparecido en La Rábida, cuando en el otoño de 1491 las apremiantes necesidades de la guerra de Granada obligan a la Corte a desentenderse de aquel extranjero pertinaz, que resultaba ya inoportuno, le dió generosa hospitalidad; y siempre acogedora le ayudó, como en 1485 en el albor de sus esperanzas, cuando ahora desalentado se hallaba *en mucha necesidad y pobreza*. En retorno, el Almirante, agradecido, recordará con gratitud la ciudad de Sevilla; y su río, su clima y sus grandezas habían de ocupar más de una página en las *Relaciones* de sus viajes y, al morir, había de encomendarle sus cenizas.

Por otra parte, a Sevilla corresponde una no insignificante parte en la realización de las legendarias empresas, porque en ella se aprestaron las naves y reclutaron los héroes de aquellas expediciones; de Sevilla salieron la mayoría de nuestros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, y constituyó durante siglos el corazón de aquella gloriosa gesta de expansión de la vitalidad de España. Y si Palos posee su monasterio de La Rábida, donde fray Juan Pérez adivinó en Colón la sublime inspiración de su alma y el fundamento científico de sus sospechas; le alentó en sus desmayos, cuando era tenido por fabuloso y soñador de cuanto decía y hablaba, y tal vez salvó sus proyectos para España, una vez que el Almirante se disponía a pasar a Francia, en Sevilla encontró al padre Gaspar Gorricio de Novara, religioso cartujo en el monasterio de Santa María de las Cuevas, su íntimo amigo y confidente.

En fin, tan sólo a Sevilla, entre todas las poblaciones del orbe, cabe la fortuna de guardar los libros, con cuyo estudio maduró el Almirante el plan para arrancar a la naturaleza el secreto de la existencia de otro mundo allende el Atlántico; sobre esos códices, salvados por el cuidado y amor de su hijo Hernando, meditó Cristóbal Colón para convencerse a sí mismo y a los cosmógrafos de la Corte de las posibilidades teóricas de su grandioso proyecto de viaje transatlántico y fueron testigos de hechos y acontecimientos capitales en la historia.

Constituyen, sin duda, además de joyas inapreciables de bibliografía por su rareza, fuentes históricas imprescindibles para todo aquel, que escriba o investigue sobre los primeros tiempos del Descubrimiento, porque en sus márgenes se hallan numerosas notas, trazadas por la propia mano de Cristóbal Colón; son materiales, por tanto, de primera mano, de incalculable valor, ya para poner en plena luz circunstancias de su vida que, como todo lo relacionado con él, permanecieron largo tiempo entre dudas y tinieblas, ya para desvanecer errores cometidos por sus biógrafos, y prestar de este modo servicio muy señalado a la ciencia. Por el sumo interés representado por esos libros, que maduraron su juicio, alimentaron su inspiración y sostuvieron su energía; por el extraordinario alcance de esas anotaciones de puño y letra del descubridor de América, investigadores de España y del extranjero como Juan Bautista

Muñoz, Martín Fernández de Navarrete, Manuel Serrano Sanz, Francisco Ticknor, Washington Irving, Guillermo Prescott, Enrique Harris, Alejandro Humboldt, De Lollis y otros muchos que quisieron profundizar en la historia del primer Almirante de Indias, los consultaron y estudiaron con extremada diligencia y simpatía (1).

También serán la base de este breve trabajo, en especial el llamado *Libro de las Profecías*, porque, mediante su detenido examen, intentamos realzar con el debido relieve el influjo que la lectura y estudio de la Biblia ejercieron en Colón, para determinarse a llevar a cabo su magna empresa. De esta manera contribuiremos, a la vez, a poner de manifiesto su personalidad, tan frecuentemente maltratada.

Es bien sabido que el concepto sobre la personalidad del Almirante, y la apreciación de los motivos propulsores de su gesta inmortal han pasado por diversas alternativas: hasta 1892 la alabanza y glorificación fueron casi unánimes, mientras el siglo XX presenta un enfoque y valoración muy distinta. Parecía que nadie podría negar la admirable lucidez, casi instintiva, de su espíritu y la elevación y temple de su carácter; que sus facultades intelectuales fueran tan dignas de encomio, como la energía de su voluntad; y, sin embargo, historiadores de la valía de Carlos Pereyra han llegado en este terreno hasta la exageración.

Ahora bien, parece que todo espíritu, que proceda con imparcialidad y juicio sereno, no podrá poner en duda que Cristóbal Colón fuera un excelente marino, dotado de una sabiduría práctica en las cosas del mar, que le daba una superioridad manifiesta sobre todos sus contemporáneos que, de hecho, así lo reconocieron; que poseía en cosmografía una cultura superior a muchísimos de los pilotos de su tiempo; que había adquirido una no menguada pericia astronómica, en que declaraba él mismo que "*Dios le dió lo que abastaba y asy de geometría, y de arismética e ingenio en el ánima y manos para dibujar la esfera y en ella las ciudades, ríos y montañas, todo en su propio sitio. En este tiempo —añade— he-yo puesto estudio en ver las escrituras, cosmografía, historias, crónicas y filosofía y de otras artes*" (2).

Es verdad que la ciencia de Colón no fué la misma antes y después

(1) Para satisfacer la curiosidad de algunos lectores ofrecemos una breve reseña de las obras, propiedad de D. Cristóbal Colón: Antoninus, Archiepiscopus Florentinus; *Summula confessionis, Venetiis*, 1476; Piccolomini, Enea Silvio; *Historia rerum ubique gestarum, Venetiis*, 1477; Aliaco sive Alyaco, Petrus (Pier d'Ailly) *Tractatus de ymagine mundi* (Lovanii?, c. 1480); Marcus Polus, de Venetiis; *De consuetudinibus et conditionibus orientalium*, traducción del italiano por Francisco de Pepuriis (Antuerpiae?, 1485); Plinio Secundo, Caio; *Historia naturale*, traducción de Cristóforo Landino, Venezia, 1489; Plutarco, Vida de los ilustres varones, traducción de Alfonso de Palencia, Sevilla, 1491; Abraham Zacutus, *Almanach perpetuum cuius radix est annus*, 1473, traducción del hebreo por Josef Vizinho, Leiria, 1496; Albertus Magnus, *Philosophia naturalis*, Venetiis, 1496; *Concordantie Bibliae Cardinalis S. P.*, manuscrito del siglo XV; Séneca, Lucio Anneo; *Tragoediae*, palimpsesto en folio del siglo XV; *Libro de las Profecías*, manuscrito de principios del XVI, a manera de colección de papeles varios con letra del Almirante, de su hijo Hernando y de otros dos amanuenses.

(2) Libro de las Profecías, fol. 4.º

del descubrimiento; ni, en consecuencia, podemos medir la primera por la biblioteca que le perteneció y fué conservada por su hijo; pero las anotaciones de su mano en el ejemplar de Eneas Silvio Piccolomini y en el de Pedro de Alliaco, manejados por él antes de su primer viaje, nos manifiestan, de modo patente, que sus lecturas eran muy amplias. Y de hecho, sus conocimientos literarios, tales como aparecen en el Libro de las Profecías, bien que redactado con la ayuda del P. Gorricio a partir de 1501, aunque no fueran muy precisos, no dejan de ser extensos.

Fué, en una palabra, un servidor de la ciencia dentro de su cultura y preparación teórica, netamente medievales, en una psicología de hombre de Renacimiento, y abarca las Sagradas Escrituras y parte de la literatura clásica y patristica en San Agustín y en San Isidoro, escritores judíos arabizados, geógrafos anteriores al descubrimiento, al menos en la Cosmografía de Pedro d'Ailly, filosofía de San Alberto, Suma de Santo Tomás, obras de Gersón, las Tablas astronómicas de Alfonso X *el Sabio*, los escritos de Joaquín, abad de Fiore, Alfonso de Palencia *el Tostado* y los comentarios escriturísticos de Nicolás de Lyra. De la mayoría de estas obras se encuentran referencias en el *Libro de las Profecías*.

Pero no hemos de insistir sobre este punto; ni, al afirmar que la lectura de la Biblia influye poderosamente en el ánimo de Colón para determinarse a emprender el primer viaje, intentamos disminuir la influencia extraordinaria de otras causas, que le movieron a ponerlo por obra. Se ha dicho, en efecto, que sin la estancia de Cristóbal Colón en Portugal, lleno entonces de inquietudes viajeras, no podría comprenderse la concepción genial de la navegación transatlántica; que Portugal fué para Colón el faro que iluminó sus ensueños; que allí, en contacto diario con los exploradores del Océano, aprendió lecciones solemnes y decisivas para su vida y para la vida del mundo; que los navegantes, que supieron llegar hasta Madera y las Azores, abrieron el camino a los que sesenta años más tarde arribaron a Guanahani; en fin, que los descubrimientos realizados por los portugueses, en el transcurso del siglo XV, constituyen el hecho de orden geográfico más eficaz en que puede basarse el descubrimiento de América (3).

Efectivamente, Portugal, en contacto ya durante la Edad Media con casi todos los puertos comerciales de Europa, bajo la dirección del infante D. Enrique, inicia definitivamente su expansión ultramarina y crea una escuela de altos estudios para los navegantes, sede de todos los conocimientos y progresos náuticos del tiempo, y donde se perfeccionaron constantemente los medios técnicos de la navegación. En consecuencia, tal vez Colón, que navegó en buques portugueses hasta las costas de Guinea

(3) Cfr. *Historia de América y de los pueblos americanos*, dirigida por A. Ballesteros y Beretta: t. III, *Génesis del Descubrimiento*; Jaime Cortesão, *Los Portugueses*. Barcelona, 1947.

y de la Mina unos diez años antes de su primer viaje a América, sin el ambiente portugués de continuas exploraciones no hubiera concebido la idea de una navegación transoceánica; y puede admitirse que los nautas portugueses habían creado una de las bases científicas, en que se apoya el éxito de Colón, y también acaso que desde muy pronto entrara en los planes del Infante *Navegador* el descubrir el camino marítimo de la India por Occidente.

De la misma manera, todos los autores, que intentan ahondar en la génesis del descubrimiento de América, han señalado la influencia profunda y directa ejercida, en el primer Almirante de Indias, por la obra de Aliaco *De Imagine mundi*, de grandísimo valor científico para su tiempo, y en que el célebre Cardenal d'Ailly comenta el tratado *Sphaera mundi*, obra de Juan de Sacrobusto (Juan Hollyvood), profesor inglés en la Universidad de París durante la primera mitad del siglo XIII; la famosa obra de Sacrobusto fué el manual de cosmografía más estudiado en los últimos tiempos de la Edad Media en todas las Escuelas de Europa (4).

D'Ailly comenta la *Sphaera mundi* en forma de catorce cuestiones, en que sucesivamente se examinan los problemas geográficos y cosmo-gráficos más debatidos en su tiempo. Pues bien, casi toda la cultura de Cristóbal Colón sobre la antigüedad griega y latina, y muy en especial sobre los famosos textos de Aristóteles, de Estrabón y de Séneca, acerca de la proximidad entre el Asia oriental y las Columnas de Hércules, o de que entre el fin de España y el principio de la India el camino era corto; y sobre la facilidad de llegar a ésta atravesando el Atlántico, porque este mar era navegable en pocos días con viento favorable, se la debía a la asidua lectura del Cardenal d'Ailly. Así lo evidencian las abundantes notas marginales escritas por el Almirante en sus libros.

Por lo demás el influjo del *Imago mundi* en Colón era ya reconocido por el P. Las Casas cuando escribe: "Lo primero es lo que Pedro de Aliaco, Cardenal, que en los modernos tiempos fué en filosofía, astrología y cosmografía doctísimo... y este doctor creo cierto que a Cristóbal Colón más entre los pasados movió a su negocio; el libro del cual fué tan familiar a Cristóbal Colón, que todo lo tenía por las márgenes de su mano y su letra notado y rubricado, poniendo allí muchas cosas que de otros leía y cogía. Este libro muy viejo tuve yo muchas veces en mis manos, de donde saqué algunas cosas escritas en latín por el dicho Almirante Cristóbal Colón que después fué para averiguar algunos puntos pertenecientes a esta historia de que yo antes aún estaba dudoso".

Y añade: "Ansí que tornando al propósito, visto lo que Aliaco decía y las razones y autoridades que trae, llegóse muy propíncuo Cristóbal

(4) La Biblioteca Capitular y Colombina posee tres ejemplares de ediciones distintas del *Sphaera mundi*, uno de ellos profusamente anotado por H. Colón.

Colón y cuasi ya del todo a determinarse; pero porque aun Nuestro Señor, a quien en esto siempre tuvo por favorable, y a que del todo tuviese indubitable noticia de lo que quería encomendar le ayudaba, quiso depararle otras ocasiones y adminículos para que más se certificara" (5).

Otro tanto, los autores italianos en particular, en su deseo de enaltecer los méritos de Paolo del Pozzo Toscanelli, consideran su intervención como decisiva, afirmando que él es la musa inspiradora del descubrimiento, y sin la cual no hubiera Colón concebido, con seguridades científicas, el proyecto de navegación transatlántica; en consecuencia, al tratar de investigar la génesis de la idea descubridora, no se puede prescindir del sabio florentino, cuya acción en el ánimo de Cristóbal Colón era ya reconocida por su hijo Hernando, que dice: "*Esta autoridad y otras semejantes de este autor (Plinio), fueron las que movieron más al Almirante para creer que fuese verdadera su imaginación, como también que un maestro Paulo, físico del maestro Domingo Florentín, contemporáneo del mismo Almirante, fué causa, en gran parte, a que emprendiese este viaje con más ánimo*" (6).

Probada hoy día, sin lugar a dudas, la existencia de la correspondencia del eminente matemático, físico y astrónomo florentino, no sólo con el canónigo portugués Fernando Martins de Roritz, sino también con el descubridor de América, no es posible desconocer el alcance de la confesión de Hernando Colón: su padre habría realizado, en parte, su primer viaje, basándose en la autoridad científica del maestro Toscanelli, para quien el camino más corto, para llegar a la India, era navegar de Levante a Poniente (7).

A su vez, Paolo del Pozzo Toscanelli se había inspirado en Marco Polo, cuya poderosa influencia en el descubridor es también reconocida, de tal modo que Washington Irving llega a decir que las *Relaciones del veneciano* ilustran en tan alto grado los viajes de Colón, que sin ellas apenas serían comprensibles.

Sin desconocer la eficacia conjunta de todos estos elementos y causas para determinar el ánimo de Cristóbal Colón, en quien llega a ser una idea fija la parquedad de la tierra y la cercanía, en consecuencia, de las tierras occidentales a las orientales de la India; aunque todos ellos sirvieran, como acontece al genio, para avivar la intuición de su cerebro privilegiado y mantener el propósito tenaz de realizar el viaje a través del Atlántico, fruto, en parte, de una reflexión constante, en que se mezclan las experiencias propias y ajenas con el estudio teórico del problema, afirmamos, con todo, que Colón es antes que nada un hombre de

(5) *Historia de las Indias*, publicada por el marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón. Madrid, 1875, t. I, cap. XI, pág. 91.

(6) *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón...* escrita por D. Fernando Colón, su hijo. Madrid, 1892, pág. 34.

(7) Cfr. Ballesteros y Beretta, Antonio, en *Historia de América*, t. IV; Cristóbal Colón. Barcelona, 1945, pág. 307 y sig.

fe, que se juzga un instrumento de Dios, un predestinado y elegido por la Providencia para arribar por Occidente a las Indias, a la famosa Cipango, o Japón de Marco Polo, de que se contaban cosas maravillosas; y esta persuasión inmovible fué sostenida ante todo por la lectura de la Biblia.

Al asegurar que los conocimientos cosmográficos sirviéronle de menos que la asidua meditación de la Sagrada Escritura; y que la sublime inspiración de su alma pesaba más que los fundamentos científicos en orden a encontrar por Occidente las costas del continente asiático; al exaltar el influjo de la religiosidad de Colón en el descubrimiento de América, no caeremos, en verdad, en las exageraciones del Conde Roselly de Lorgues (8), quien, a pesar de los testimonios fehacientes contemporáneos sobre faltas del Almirante, se esforzó en fomentar su proceso de canonización.

Afortunadamente la Curia Romana desechó tan descabellado propósito, como creemos que lo rechazara en nuestros días, en los cuales nuevamente se intenta persuadir a la Sagrada Congregación de Ritos, para introducir la causa de beatificación. A nuestro entender, sin mencionar otros gravísimos obstáculos, la codicia de Colón, manifestada en sus propuestas al rey de Portugal y a los de España, y toda su correspondencia, que rezuma una preocupación constante por lo financiero, han de constituir dificultades insuperables para el mejor deseo y para la voluntad más decidida.

Pero, no obstante estas afirmaciones, sí podemos asegurar que Colón tenía hondamente grabados los sentimientos religiosos; que toda su obra pertenece por entero al mundo de la fe, y que las profecías, que aplicaba a su intento de hallar un Nuevo Mundo, le hacían imaginar las otras tierras del mar occidental habitadas por grandes pueblos, de los cuales se prometía la más hermosa y abundante cosecha para la Iglesia y para Cristo (9).

Esta es nuestra tesis: entre los móviles más eficaces que impulsan la acción del primer Almirante de Indias, en su proyecto de llegar a las playas de mundos desconocidos a través del mar *tenebroso*, hay que contar, en primer término, su ideal religioso, su fe, que se nos presenta inquebrantable y como la base y fundamento de su constancia; fe alimentada por la lectura y el estudio de la Sagrada Escritura, fuente principal de su inspiración, por lo cual podemos afirmar que su obra más consultada fué, sin duda alguna, el manuscrito de la Colombina *Concordantie Bibliae Cardinalis S. P.*

A esta conclusión nos lleva el examen, aunque haya de ser somero,

(8) Historia de C. Colón y de sus viajes, traducción de M. Juderías. Cádiz, 1858, t. I, pág. 147.

(9) Löher, Contribuciones para la Historia y la Etnografía, t. II, pág. 252.

del *Libro de las Profecías* (10), en que aparecen concentradas las aspiraciones místicas de Colón en los postreros años de su existencia. Conviene notar, ya desde ahora, que no tratamos de justificar, ni siquiera de disculpar, la aplicación subjetiva y plenamente arbitraria que el descubridor hace de los pasajes bíblicos. Quienquiera que en la actualidad intentara dar una interpretación parecida a esos textos, no solamente no se libraría del reproche de querer imponer las elucubraciones de su fantasía como sentido de la Biblia, sino que además sería tachado con razón de ignorante; pretendemos únicamente deducir, mediante un breve comentario del famoso manuscrito, cómo Colón, muy versado en la lectura de la Sagrada Escritura, encontró en ella un fuerte estímulo para llevar a cabo su proyecto de navegar a las Indias por el Occidente.

Según parece, el *Libro de las Profecías* se comenzó a formar en 1501, y no se le dió fin hasta después de haber regresado el Almirante de su cuarto viaje; su parte más fundamental consta de una muy numerosa colección de textos escriturarios que, según Colón, se refieren al descubrimiento de las nuevas tierras y a la recuperación de los Santos Lugares. Es obra, en su mayor parte, del mismo Cristóbal Colón y colaboró en ella, enmendándola tal vez en cuanto al fondo y a la forma, su íntimo amigo y confidente el Padre Gaspar Gorricio de Novara, religioso cartujo en el monasterio de Santa María de las Cuevas de Sevilla.

El libro se encabeza de este modo: *Incipit liber sive manipulus de autoritatibus, dictis ac sententiis et prophetiis circa materiam recuperande sancte civitatis et montis dei syon; ac inventionis et conversionis insularum Indie et omnium gentium atque nationum. Ad ferinandum et helysabeth reges nostros hispanos* (11). El texto comienza con una carta de Colón a su confidente, el P. Gorricio, en que le pide su colaboración; es natural que el Almirante demandara la ayuda del monje, por cuanto, aunque parece conocer algo acerca de los principios fundamentales de la hermenéutica sagrada en su doctrina sobre los sentidos de la Sagrada Escritura, encontraría Colón muchas dificultades, siquiera fuera por su escaso conocimiento del latín.

Por ello solicitaba el concurso de su amigo y, en 13 de septiembre de 1501, le escribía desde Granada: "*Reverendo y muy devoto Padre. Cuando vine aqui començe a sacar las auctoridades que me parescia que hacian al caso de Jerusalem... y ansy os los envio que le veais, ca podra ser que el anima os incitara a proseguir en el, y que nuestro Señor os*

(10) Es un manuscrito de 30 x 22, que consta actualmente de 70 folios, aunque en su origen debió tener 84. El título es: *Descripción del Libro de las Profecías que juntó el Almirante D. Cristóbal Colón, con copia de las cartas que éste dirigió al padre D. Gaspar Gorricio y a los Reyes*. En el folio I se encuentra el lema colombino: *JESUS CUM MARIA SIT NOBIS IN VIA. AMEN*. Distingúense en el manuscrito cuatro clases de letra: de Cristóbal Colón, de su hijo Hernando y de dos amanuenses desconocidos. Ha sido publicado por De Lollis con su texto latino y, en parte, por los colectores de documentos inéditos, valiéndose de un extracto que hizo D. Juan Bautista Muñoz.

(11) *Libro de las Profecías*, fol. 4.º

alumbrará abtoridades muy utenticas. En la Biblia es de continuar, y en muchos logares la glosa aprovecha y alumbra, y es de hacer della mucha memoria al tiempo que se hobiere de sacar en lympio" (12).

En 23 de marzo de 1502 contestaba el religioso aceptando el encargo y le decía: "*Mediante la gracia del spiritu sancto y guyandome el trabajo de Vuestra Señoria, la qual toda la flor de tantas y tan veras auctoridades, sententias, dichos y prophetias allego, yo he enterpuesto y añaddido algunas reliquias, como quien llega la sobras de los rracimos y olivas & spigas...*" (13). Es de observar la mucha indulgencia y lo demasiado complaciente, sin duda, que se muestra el docto religioso, que no pone reparo alguno a la interpretación bíblica de Colón, quien aglomera incongruentemente textos y más textos, que ni remotamente hacen al caso, a saber, a la existencia y hallazgo de las nuevas tierras y a la recuperación de los Santos Lugares. Tal vez quiso respetar la idea preconcebida del Almirante, que, mediante una tendencia bien marcada, creyó encontrar en ellos profecías referentes al asunto que le obsesionaba.

Esta preocupación, ya bien antigua en él, le disculpa en el abuso del texto sagrado, e influye, además, el concepto formado por él sobre los sentidos de la Sagrada Escritura, apoyándose en la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino (14) y en el conocido dístico de los exégetas medievales, tomado por Colón de la obra de Juan Gersón (15), y que se lee por primera vez en el *Catholicon* o *Summa Grammaticalis* del dominico Juan Balbi, y cuyo contenido se encuentra fundamentalmente en San Agustín (16). Conforme a esta división, distingue Colón el sentido literal, el alegórico, el tropológico (o moral) y el anagógico; pero olvida que esa clasificación, más bien que al sentido propiamente dicho de la Sagrada Escritura, se refiere al argumento mismo. No ignora, es verdad, la distinción fundamental del sentido escriturario en literal y típico, mas prefiere este último, que llama también figurado (17), por cuanto, dentro de su interpretación tan personal de los textos, 'conviene mejor a sus fines particulares.

Desde el folio 6 v. comienza la copia de salmos o parte de ellos, hasta sesenta y cinco, que, en su mayoría, cantan la gloria de Sión. A continuación, a partir del folio 12 v., y como introducción preparatoria a los pasajes proféticos, o que toma como tales, del Antiguo y del Nuevo Testamento, hallamos la copia de los géneros de profecías y de visiones, enumerados por San Isidoro de Sevilla (18), con una carta de Rabbi Samuel, Nicolás de Lyra, uno de los autores más estudiados por Colón; fué tra-

(12) Libro de las Profecías, fol. I.

(13) Ibid, fol. I y vto.

(14) I. q. I., a 10.

(15) Propositiones de sensu litterali sacrae Scripturae et de causis errantium.

(16) De utilitate credendi, 4, 3; PL. 42, 68.

(17) Libro de las Profecías, fol. 3.^o

(18) Etimologías, l. 7, c. 8, 33 y sig.

ducida esta carta en 1338 por el dominico Alfonso Boni Hominis y se habla en ella con insistencia de la *Casa Sancta* (19).

Después de insertar algunos pasajes de San Agustín, porque prueban que la verdad ha de ser conocida por todas las gentes, y de alegar un capítulo de la obra de *Consensu Evangelistarum*, vienen los textos de los Evangelios, utilizando, para comentarlos, las glosas y comentarios de Nicolás de Lyra y del Tostado. Siguen, a continuación, hasta veintiocho profecías de Isaías, y muchos pasajes de Jeremías, Baruch, Ezequiel, Daniel, Oseas, Amós, Joel, Abdías, Miqueas, Sofonías y Zacarías. Este elenco de pasajes bíblicos termina con otros de los libros de los *Paralipomenos*.

Sería en gran manera interesante poderlos examinar aquí uno por uno; mas, en líneas generales, se puede afirmar que en todos ellos, sin criterio ninguno y sin atender para nada al contexto, usa Colón de una libertad absoluta para acomodarlos a su idea fija, dominante. Es más; llega a imaginarse ser un elegido del Señor, de su providencia especial, a fin de que por su medio todas las naciones y pueblos le conozcan y le glorifiquen.

Y ¿cómo había llegado a esta convicción tan arraigada y profunda, de que en los libros inspirados por Dios se anunciaba el hecho transcendental de que fué protagonista? No es fácil de contestar si tenemos en cuenta que en los numerosos pasajes bíblicos, aducidos por él para corroborar su creencia, ni siquiera remotamente se alude a la existencia de regiones desconocidas. La exégesis colombina, si así puede llamarse su escueta citación de los textos, como anteriormente hemos ya manifestado, es plenamente subjetiva, prejuzgada por una prevención, a saber, la existencia de profecías que hacen referencia a los países ignorados y a su misma persona, predestinada para llevar a cabo el descubrimiento; su aplicación tendenciosa es, en una palabra, una apología de una hipótesis apriorística y, por tanto, arbitraria, concebida bajo la influencia de una idea y sentimiento dominantes.

Porque si la exégesis sana, siguiendo las enseñanzas del mismo Cristo, de los Apóstoles y del magisterio de la Iglesia, tal como éste se manifiesta en los distintos órganos de la Tradición, tolera una aplicación más amplia de los textos bíblicos, ésta ha de hacerse en las debidas condiciones, que suponen siempre, dentro de la acomodación, una interpretación recta de la Sagrada Escritura; excluye, consiguientemente, la fantasía más o menos fecunda de cada uno de los que intentan explicarla.

(19) Tal vez en la afición de Colón a la lectura y estudio de la Biblia, a la devoción que siente por el converso Nicolás de Lyra y a su ferviente desco de la recuperación de los Santos Lugares se basa la hipótesis de que Colón tuviera abolengo judío. Hay quien ha supuesto que la madre del Almirante, versada como sus hermanos en los textos bíblicos, por ser hija del converso Pablo de Santa María, gran rabino de Burgos antes de su conversión y sabio judío conocedor como el que más de la Biblia, debió instruir a su hijo, que demostró estar muy práctico en ella.

Lo cierto es que estos sentimientos de Cristóbal Colón, de estimarse un predestinado, se habían ya manifestado al instituir un mayorazgo el 22 de febrero de 1498 en Sevilla, puesto que decía: "*Que la Santísima Trinidad le puso en memoria y después llegó a perfecta inteligencia que podía navegar e ir a las Indias desde España pasando el Mar Océano a Poniente*" (20). Pero todavía se reflejan con mayor claridad y entusiasmo en el relato del cuarto viaje, donde no sólo confiesa explícitamente la intervención de Dios, sino que también declara su convicción, como de algo que le dominaba, de que es un enviado de Dios.

"*Me abrió nuestro señor el entendimiento con mano palpable a que era hasedero navegar de aquí a las yndias y me abrió la voluntad para hexecución dello, y con este fuego vine a vuestras altezas. Todos aquellos que supieron de mi ynpresa con rixa le negaron burlando... y en solo vuestras altezas quedo la fee y costancia: quien dubda que esta lumbre no fuese del espíritu santo, asy como de mí, el qual con rrayos de claridad maravillosos consolo con su santa escritura a vos, muy alta y clara, con quarenta y quatro libros del viejo testamento y quatro hevangelijs, con veynte e tres hepistolas de aquellos bienaventurados apóstoles, abibandome que yo prosyguiese y de continuo sin cesar un momento me abiban con gran priesa?*" (21).

El descubridor, por tanto, es un vidente iluminado, que estuviera en comunicación con la sabiduría divina, y recibiera del Espíritu Santo especiales luces individuales para descubrir el camino de Poniente y revelar, sin saberlo, un mundo. Y esto, gracias a esa idea fija que invade su espíritu, se apodera de él y lo avasalla; si la mayoría de los libros de uno y otro Testamento impulsaron y sostuvieron su ánimo, el descubrimiento fué especialmente obra de Dios, porque a pesar de que "*disputando el caso con tantas presonas de tanta abtoridad y sabios en todas artes, en fin concluyeron que todo hera vano y se desistieron con esto dello*" (22); se cumplió la palabra de Dios y todo lo que había anunciado por sus santos profetas.

Según declaraba en la carta a los Reyes Católicos, parte muy importante del *Libro de las Profecías*, con datos muy preciosos para la biografía de Colón, "*había puesto estudio en ver de todas escrituras*" (23); así fué ciertamente, y con un trabajo constante y tenaz, después de comparar un sinnúmero de pasajes del A. y del N. Testamento, llegó a coleccionar muchos textos de los profetas y de los autores divinamente inspirados.

Y no deja de impresionarnos la seguridad e insistencia con que, en la citada carta, vuelve a su argumento favorito: "*Solamente me tengo a*

(20) Publicado por J. Bautista Muñoz en su Colección, t. A. 120, fol. 578 v. v. sig.

(21) *Libro de las Profecías*, fol. IV.

(22) *Ibid.*, fol. IV y vto.

(23) *Ibid.*

la santa y sacra escritura, y a algunas abtoridades proféticas de algunas presonas que por revelación divina han dicho algo desto" (24). Y añade: "Ya dise que para la hesección de la ynpresa de las yndias no me approvecho rason, ni matemática, ny mapamundos: llenamentese se cumplio lo que diso ysayas y esto es lo que deseo de escrevir aqui por le reducir a vuestras altezas a memoria" (25).

En consecuencia, desecha toda ciencia y, con un noble impulso religioso, todo lo atribuye al poder de Dios. Se dirá que era un iluso, y lo era en verdad, si nos atenemos al uso y aplicación que hace de las profecías de la Sagrada Escritura, o que él juzgaba como tales, porque es evidente que no se puede hablar del cumplimiento de vaticinios, cuando se trata del descubrimiento de América, ni hallar en Isaías y en los demás profetas concomitancias con la invención de un nuevo mundo; pero iluso con un idealismo que alimentó gran parte de su vida. Lo que a los demás pareció una quimera, por su tenaz perseverancia llegó él a realizarlo, y su sueño de llegar a las tierras encantadas del Cathay, a la prodigiosa Cipango, idea obsesionante, sostenida sin fundamento real por el estudio de la Biblia, había de convertirse en una realidad tangible, que dió a la Humanidad el conocimiento de un mundo inesperado e ignorado por su mismo descubridor, a quien sorprendería la muerte no conociendo que había encontrado un Mundo Nuevo.

FRANCISCO ALVAREZ

Director de la Biblioteca Capitular-Colombina.

(24) Ibid. fol. 4 v.

(25) Ibid. fol. 5 v.